

MARÍA EUGENIA BELTRAME*Universidad Católica Argentina**Buenos Aires - Argentina*eugenibeltrame@uca.edu.ar**En memoria de Laura Corso**

Qué bonito es pensar que partió de este mundo ejercitando su vocación como profesora, realizando aquello que más amaba. Sabemos que la vocación es una llamada de Dios a servir gustosamente a los demás por amor. Esto nos habla mucho de ella: amaba el saber y amaba donarlo a los demás, el cual, a lo largo de su vida transmitió con gran generosidad y a cada una de las personas con las que se encontró en su camino. Porque transmitir es también dejar que el otro, haga otra cosa con el saber transmitido, para que se vuelva parte de él.

Por tanto, el buen profesor es aquel que acompaña, orienta, resuelve dudas y propone desafíos. Así era Laura con cada uno de sus estudiantes y tesisistas: siempre buscaba un momento para estar presente, para poder escuchar, aconsejar, corregir si era necesario, como lo haría un buen profesor que se preocupa por sus alumnos. Pues es el alumno el que necesita de un guía que alumbré y lo ayude a encontrar ese camino que le espera a cada uno. Bien sabemos que el camino de la vida es un camino arduo y lleno de dificultades. Por ello, el buen profesor estará allí, en el lugar de la enseñanza y el aprendizaje, para apoyar a los alumnos en lo que necesiten. Laura ofrecería con humildad sus conocimientos que servían como medios y herramientas para que sus estudiantes caminen por la senda de la vida. Porque ella no sólo fue una gran educadora y

maestra, sino que fue un testimonio vivo y luz para sus alumnos.

Trasmitió con gran entusiasmo su amor por la filosofía medieval, y mucho más, por la antigüedad tardía. La dedicación y maravilla con la que explicaba a los grandes filósofos era impresionante. Había algo en su forma de ser, en su tono de voz que irradiaba tal luz, propia de la sabiduría. Su amor y respeto por Cicerón, su análisis y lectura atenta de los textos latinos, demostraban su compromiso por la filosofía. Y no sólo ello, sino también con San Agustín, enseñaba la importancia de la filosofía como propedéutica de la fe para poder alcanzar la Verdad. Aquella que todos buscamos y deseamos en la vida.

Y, debido a que Laura respondió a aquel llamado, dejará en nuestra historia un surco hondo y ancho, luminoso y fecundo; porque aquel que da sin recibir nada a cambio, dona todo de sí, desinteresadamente, pues lo hace por amor a la Verdad. San Agustín decía que “lo que pasa es que uno que ama enciende el amor en otro (...); se ama al que es elogiado cuando se piensa que las alabanzas provienen de un corazón sincero, es decir, cuando lo ama el que elogia”: de esta manera era el elogio y el amor que dedicaba al autor que admiraba: Cicerón.

¡Qué gran regalo que hemos recibido de Dios el haberla conocido y que nos haya compartido tanto su sabiduría como su amistad! Pues, como bien nos dice en el *Laelius de amicitia*: “La amistad ha sido otorgada por la naturaleza como auxiliar de las virtudes (...) a fin de que, como una virtud solitaria no podría acceder a esas metas que son supremas, arribará a ellas unida y asociada a otra. Si tal asociación entre algunos hombres existe, o existió, o existirá, el acompañamiento de ellos debe ser considerado como el mejor y el más feliz en el camino hacia el sumo bien”. Por lo tanto, la naturaleza ha puesto en nosotros la

semilla de la virtud y la erudición, pero Laura como gran maestra, germinó aquella semilla en cada uno de sus estudiantes y produjo grandes frutos. Su amistad será recordada como un gran tesoro que guardaremos en cada uno de nuestros corazones, hasta encontrarnos algún día en el reino de los cielos donde contemplaremos, cara a cara, a la Verdad.